

Un barbero de Sevilla estilo *Vaselina*

MA. TERESA CASTRILLÓN

En el raquítico panorama operístico en México, una de las escasas cuatro óperas que se ofrecen este año fue El Barbero de Sevilla de Gioachino de Rossini (1792-1868) en siete funciones, basada en la comedia de Beaumarchais. Si pensamos que esta ópera se estrenó en México en 1823 en el Coliseo Nuevo, solamente siete años después de su estreno mundial, cuando las compañías europeas venían a México pasando mil peripecias en el trayecto y cantantes mexicanos alternaban en el elenco. ¡Qué tiempos aquellos!

En esta ocasión nos quisieron apantallar con una producción del Teatro Colón de Buenos Aires que ha tenido (hasta hace poco) la reputación de un teatro de primera a nivel internacional. Sin embargo, no todo el monte es orégano. La producción El Barbero de Sevilla que nos trajeron nos trasladó del siglo XVII a los años cincuenta. Bien puesta a su manera, aunque nada genial, con una bonita decoración, pero que no tenía nada que ver con Sevilla y nos daba la sensación de estar en un mundo distinto. No sabía uno si estaba viendo West side story o Vaselina, con las jóvenes peinadas de cola de caballo y con sus faldas acampanadas y zapatos ballerina. Hasta un automóvil apareció en el escenario. El Conde Almaviva andaba con un saco de rayas, peinado a la Elvis Presley y con lentes oscuros. La maliciosa Rosina se transformó en una muchacha de Broadway con su osito de peluche. Costaba trabajo situarse dentro de una comedia de enredos del siglo XVII estando viendo personajes de Vaselina. Las coreografías eran también como de revista musical que francamente nunca imaginaron ni Beaumarchais ni Rossini. Los del coro que se supone era la guardia estaban vestidos de bomberos. En fin,

que Willy Landín se divirtió dando vuelo a su imaginación con esta producción. Luciana Gutman por su parte se situó muy bien en los años cincuenta para su vestuario.

Musicalmente estuvo bien en general, aunque no había necesidad de traer extranjeros, pues aquí tenemos elementos que lo hubieran hecho muy bien. El único que no satisfizo fue el tenor Brian Strucki (conde Almaviva). Desde su aparición su voz se oye opaca y pequeña. La que se llevó la noche fue la canaria Nancy Herrera (mezzosoprano) que no sólo tiene una espléndida voz, sino además con cualidades histriónicas, aunque en este caso no podía meterse en el personaje de la Rosina sino que estaba obligada a ser María (de West side story).

El Figaro fue el rumano George Petean que francamente lo hizo muy bien musical y escénicamente. Don Bartolo debía ser el catalán Enric Serra, pero por indisposición cantó en su lugar Arturo Rodríguez que nos sorprende que no suba más seguido al escenario, muy buena voz. Y ni qué decir de nuestro bajo Rosendo Flores en el papel de Don Basilio, estupendo. La también mexicana Gabriela Thierry en el papel de la sirvienta demostró una vez más que posee una hermosa voz y desenvoltura en el escenario.

La orquesta del Teatro de Bellas Artes dio lo mejor de sí bajo la batuta del italiano Marco Balderi. La muy famosa obertura tuvo mucha gracia y si cerrábamos los ojos hasta parecía que estábamos oyendo El Barbero de Sevilla.

Y hasta la próxima ópera que quién sabe cuándo vaya a ser. Por qué será que en el siglo XIX teníamos más ópera que en la época actual. Para colmo de males todo el vestuario que había en Bellas Artes fue destruido en el incendio. Esa sí que es mala suerte. 🐱